

¿Quién es el filósofo?

1. Una caracterización general

“El filósofo no busca el saber (...) en función de las necesidades vitales más inmediatas, para defenderse de alguna agresión del contorno natural o humano y tener éxito en la acción. Es necesario, sin duda, saber para poder subsistir (...). Pero el filósofo busca el saber por sí mismo, sin el aliciente de ninguna finalidad ulterior, extraño al mismo saber. No lo busca por la resonancia que pueda producir en el sujeto que lo posea. El encanto, la fascinación, el goce podrán venir por añadidura. Pero si no llegan, no son una razón para desistir de la búsqueda.

En actitud teórica, el filósofo quiere (...) aprehender la verdad (...) sea grata o penosa, le depare dolor o placer. (...) Su saber aspira a superar el estado, el aquí y el ahora, a trascender los límites de la experiencia, aunque sus primeros pasos se apoyen en el precario suelo [de la experiencia] El filósofo quiere un saber de la totalidad (...), quiere un saber que tenga unidad (...), en una palabra quiere un saber de los fundamentos (...). [Pero a la vez, ese saber] no es un bien ajeno a la propia vida del filósofo ni se reduce a una posesión intelectual indiferente para el que lo detenta. La comprensión de una verdad filosófica me transforma interiormente, despierta en mí posibilidades de realización moral que antes permanecían ocultas e inoperantes. Configura desde adentro mi propia personalidad y se traduce en mi comportamiento exterior (...). La teoría termina por traducirse en práctica, (...), el saber, en camino de vida.”

Pucciarelli, E “ Sobre la palabra ‘Filosofía’”, en Revista Cefyl, UBA, Nº 131959)

En un reportaje a un joven filósofo francés, Michel Onfray, el periodista le preguntó

“¿Por qué eligió filosofía?”, y Onfray respondió:

“Creo que todos nacemos filósofos y que solo algunos siguen siéndolo. No tengo hijos (...) pero siempre observé que los chicos tienen preguntas eminentemente filosóficas y metafísicas que hacen pensar en aquella de Heidegger: “¿Por qué el Ser y no más bien la nada?”. Son capaces de preguntar cosas extravagantes a los padres, que no suelen tener la cultura ni el reflejo de decir: “Hay bibliotecas; allí está el saber que te permitirá responder a tus preguntas”. Y los chicos renuncian cuando crecen. El filósofo es el que no renuncia, el que siempre se plantea preguntas, como cuando era chico y preguntaba: “¿Por qué llueve? ¿Por qué morimos? ¿Por qué las cosas son así y no de otro modo? ¿Cómo funciona esto?”

Yo descubrí en mí esa naturaleza [y] el cuestionamiento filosófico fue una verdadera revelación...

Las dos caracterizaciones anteriores, la proporcionada hace algo más de 45 años por Eugenio Pucciarelli, argentino, y la más reciente de Michel Onfray, francés, resultan aplicables a filósofos de distintas épocas y posiciones. En efecto, si revisamos la historia de la Filosofía encontramos pensadores que, aun con personalidades muy diferentes entre sí- el metódico Kant, por ejemplo contrasta con el apasionado Nietzsche y con el polémico Pascal-, tienen en común, sin embargo, ciertos rasgos. Estos son: 1) una gran curiosidad intelectual que los lleva a plantearse permanentemente interrogantes, 2) una búsqueda del saber por el saber mismo, 3) un cierto compromiso de vida con sus teorías, 4) una disposición permanente a reflexionar, rechazando las respuestas más simples, las ya hechas y las ya aceptadas por otras nuevas, más complejas y mejor fundamentadas y 5) un espíritu crítico frente a las posturas ajenas y, sobre todo, las propias, que los lleva a corregir, completar y, a veces, hasta abandonar lo ya terminado.